

Ramón López Velarde: la realidad de lo imaginario

Jesús Ugarte Vázquez

*Este ensayo obtuvo el primer lugar en la categoría Licenciatura en el Certamen de Ensayo Juvenil «Ramón López Velarde» 2021 y fue publicado en el número V de la revista Redoma de la Unidad Académica de Letras.

Parte 1 de 2

...me atengo a la quiromancia como la vacuna.
Confundo las leyes de Newton con la fatalidad.
Mi creencia de cábala. Mi arte de amuleto.
Ramón López Velarde

La madrugada del 19 de junio de 1921 morirá, en medio de sollozos y un gran desconsuelo, quien fuera considerado a partir de ese momento como uno de los poetas más emblemáticos del país. Ramón López Velarde tuvo un desenlace tan paradigmático que si no existieran los testimonios de amigos y familiares que estuvieron cerca de él, podríamos creer que las historias anteriores a la muerte del jerezano son resultado de querer enarbolar su condición de poeta nacional. Sin embargo, la realidad es otra.

Quince años después del trágico episodio, Jesús B. González, amigo íntimo del poeta, relató en «Cómo murió López Velarde» —Revista de Revistas— una historia tan increíble que podría pensarse como el punto de partida de todas las hipótesis que se fueron haciendo en torno al terrible deceso del autor de «La suave Patria». Una parte de este relato explica que, en cierta ocasión, Ramón y él se encontraban charlando en un bar de la Ciudad de México cuando una gitana irrumpió con su llamativa presencia en el lugar y empezó a invitar a los presentes a que extendieran su mano para leerla. El poeta accedió a la petición de la extraña mujer que, al revelar su suerte, lo hizo palidecer.

¡Amas mucho, mucho, a las mujeres, pero las temes! ¡Tienes miedo también de ser padre! ¡Esta línea me dice que morirás de asfixia!¹

Existen muchas investigaciones que indagan sobre los detalles que envuelven el misterioso suceso de aquella noche. Hoy sabemos que lo más probable es que López Velarde haya muerto de una neumonía luego de un paseo nocturno que se extendió varias horas, debido al interés que tenía en la obra de Montaigne.

En todo caso, no podemos evitar sorprendernos de la exactitud de la gitana al retratar a López Velarde y, al mismo tiempo, adivinar su muerte. Aunque nos cueste trabajo creer en algo así, no cabe

1 Jesús B. González, «Cómo murió López Velarde» en Revista de Revistas, 21 de junio de 1936.



duda de que la vida del escritor fue poco común, y esto repercutió directamente en su producción literaria que manifestó siempre una simpatía por el pensamiento mágico y las ciencias oscuras.

El jerezano estaba orgulloso de considerarse un supersticioso. En muchos de sus poemas podemos advertir esta afinidad que se integra incesante y sirve como recurso para consolidar una imagen completa, un sentir o una solución parcial a sus interrogantes. En el universo lopezvelardeano existen muchas coincidencias que consiguen hacernos partícipes del pensamiento mágico, en el que fantasía y realidad pueden llegar a encontrarse y formar parte de un mismo espacio. Los poemas «Día 13», «Treinta y Tres», «Que sea para bien...», entre otros, dan cuenta de este hecho, y en ellos se puede percibir a un poeta que acepta su transparencia en todo lo que le parece adecuado integrar, a pesar de que esto pueda incluir ideologías opuestas; es decir, su poesía no excluye elementos que son diferentes a su catolicismo, sino que transforma con estos una visión en la que todo puede coexistir. En este sentido, López Velarde admite un mundo de saberes en su producción literaria, sin discriminar entre los que son más aceptados por alguna creencia o los que resultan menos «oscuros». Para él, la vida transcurre oscilando constantemente sobre una y otra forma de creer que son las cosas y no en un conocimiento que compruebe de manera exacta sus fenómenos.

La superstición no le parece un error de los antiguos sino los restos de una sabiduría perdida y que no es del todo incompatible con las creencias modernas [...] esto es difícilmente conciliable con el dogma católico, pero no daña lo que yo llamaría su ortodoxia de corazón. Su pesimismo es capítulo de mayor gravedad.²

2 Octavio Paz, El camino de la pasión: Ramón López Velarde, Fondo de Cultura Económica, México, 2001, p. 52. 3 «Día 13», en Ramón López Velarde, Obras, José Luis Martínez (compilador), Fondo de Cultura Económica, México, 1994, pp.

Algunos versos del poema «Día 13» permiten darnos cuenta de esta integración de realidades alternas que invoca. Cuando el poeta dice «Mi corazón retrógrado/ ama desde hoy la temerosa fecha» existe una plena aceptación a la costumbre de considerar los días trece como días de infortunio, y confiesa, además, tener los sentimientos puestos en algo que no es más que una superstición. Otra confesión se hace cuando escribe «mi corazón oscurantista clama/ a la buena bondad del mal agüero», entendiendo por «corazón oscurantista» a esta tendencia emocional que lo lleva a creer en fuerzas oscuras. En la última estrofa comprendemos que el autor busca en la esencia misma de la superstición algo que verdaderamente repercuta en su momento de nostalgia, traspasando la realidad del tiempo, para hacer perdurar la imagen de sus sueños: «Superstición, consérvame el radioso/ vértigo del minuto perdurable».³

El poeta era un defensor de las creencias y también de una humanidad conformada por elementos racionales e irracionales. Concebía lo humano como un conjunto de eventos inevitables en los que las emociones terminaban venciendo incluso al más rígido de los hombres. Las respuestas que busca no las encuentra en la ciencia ni en la filosofía. La esencia misma de su obra se centra en esa eterna búsqueda, en ese andar por los versos sin temer ser escuchado, en lanzar preguntas sabiendo que quizá jamás serán respondidas. Es por esto que no se le puede encasillar en alguna escuela de pensamiento, ni relacionar con algún personaje en términos ideológicos. La del escritor es una historia personalísima a la que solo nos podemos acercar, con cierta aproximación, cuando leemos sus versos. En todo caso, queda clara la posición que tenía con respecto al conocimiento, al desarrollo tecnológico y al mundo cientificista.

¿Hasta dónde alcanzaría la desolación del planeta si la carne humana fuese ración en vez de individualidad? Quienes sueñan todavía en convertir la Tierra y el cielo en esferas inmunes, relativamente perfectas y relativamente hieráticas, de seguro no han sentido batir sobre su frente las alas salvadoras de lo fortuito, de lo libérrimo, de lo personal.³

Si nos situamos en el contexto histórico donde se desarrolla la vida del poeta, encontramos que el terreno era infecundo para un pensamiento de tales dimensiones. El positivismo llenaba, en buena medida, las ilusiones de un México en desarrollo, convulsionado por los conflictos armados y con esperanzas de impulsar la maquinaria política. Todo lo que existiera fuera de esos parámetros podía sonar inútil, caprichoso y arcaico. La objetividad, el método científico y la consolidación de un Estado laico eran los pilares sobre los que la ideología de la época se apoyaba para coadyuvar a la instauración de un orden social. López Velarde no se quedaría sin dar su opinión acerca de esta corriente que le parecía absurda y, en más de una ocasión, el jerezano criticó duramente las intenciones que tenía de instaurar un pensamiento que deshumanizara y limitara el espíritu. Los extremos le parecían indignantes. Prefería los

190-191.

3 «La guerra». Ibidem, p. 477.

espacios en donde se pudiera respetar cualquier tipo de creencia, y abogaba por la tolerancia que nacía de no asumir como absoluta una sola idea.

Un personaje de la talla de Ramón López Velarde no podía sino convertirse en un contrapeso de toda esta cosmogonía adversa a los principios de un pensamiento independiente. El poeta fungió como partidario de la libre expresión, antes de que existiera plena conciencia de esta necesidad en el México moderno. Podemos considerarlo un revolucionario, un mediador entre los hombres de razón y sentimiento. Confiaba en que esa rigidez objetiva terminaba y, después, devenía en una condición tan sensible que era inevitable sostener el peso de una racionalidad dominante.

Sirve de poco el áncora de nuestras lamentables filosofías cuando un soplo sentimental hincha las velas y empuja la barca mar adentro [...] y un día sentimos que el cálculo flaquea para dar cabida a la emoción, y nuestra vanidad de rígidos cerebrales se ve castigada cuando nos posee un impulso de llorar o de amar.⁴

El pensamiento mágico tan característico de López Velarde no debe pensarse solamente como un medio utilitario para sus composiciones creativas. Es un recurso tan necesario como la realidad misma, pues a través de ella se logra pensar en alternativas que cruzan la gruesa coraza de una sociedad hermética.

La muerte del poeta no fue solamente un evento lleno de intriga, sino también una oportunidad de pensar en la fuerza que tienen las palabras y los embates personales. Los amores de Ramón fueron el leitmotiv de su producción literaria, su debilidad y constante sufrimiento que lo llevaban a cuestionarse sobre su propia identidad. Uno de sus últimos poemas, titulado «Treinta y tres», sirve como repaso de una vida que, aunque sufrida, resulta emocionante.

Plenitud de cerebro y corazón; oro en los dedos y en las sienas rosas; y el Profeta de cabras se perfila más fuerte que los dioses y las diosas.⁵

Este poema juega de nuevo con la numerología y la creencia de que su edad representa un momento especial para contemplar su vida, como si se tratara de un resumen o la culminación de un Ramón conflictuado por dos mundos interiores. En muchas culturas el treinta y tres simboliza precisamente un equilibrio, la sabiduría por la cual el individuo se reconoce plenamente y concilia las fuerzas que en su interior se hallan en conflicto. Así pues, el poema se convierte en un testimonio de cambio, de madurez, de reflexión ante las desgracias que le han tocado vivir, pero también hacia las emociones que no había sabido apaciguar. Por eso habla de plenitud, de un balance entre la razón y el sentimiento, dándole su lugar tanto a una como a la otra, sin salir de su universo literario que sigue reflexionando en las formas metafóricas una realidad inevitable.

4 «Nuestra casa». Ibidem, p. 390.

5 «Treinta y tres». Ibidem, p. 247.